



lugar a una velocidad mayor de la que al parecer pueden absorber nuestras instituciones. Lo que es más importante, cuanto más rápido es el cambio, más grande es la brecha generacional³⁶. Los procesos culturales que actúan, empero, son en gran medida los mismos, salvo que los jóvenes son más conscientes que sus padres de las consecuencias de la división entre la vida real y lo que sucede en las escuelas. No obstante, para el joven no es suficiente decir que toda la cultura está podrida y que hay que destruirla. Es como el neurótico que dice que la única respuesta es el suicidio. Según se admite, hay personas que se suicidan porque no pueden soportar la realidad de sus propias vidas, pero hay enfoques más creadores, aunque sean psíquicamente más dolorosos. Ningún cambio de la propia psique se realiza sin abandonar alguna ilusión respecto de la propia persona.

En síntesis, mi posición básica es que la cultura norteamericana, en el pasado vigorosa y viable, ha perdido en gran medida esas virtudes. Para sobrevivir y adaptarnos exitosamente, *debemos* cambiar, y ese cambio no será fácil. Supone, entre otras cosas, el reconocimiento de que la vida está arraigada tanto en el contexto como en el contenido, y que, sin ambos, la vida tiene escaso sentido.

Con palabras de Fromm, el descubrimiento del inconsciente hecho por Freud “[...] llevó a un atascamiento porque se lo aplicó solamente a los impulsos libidinosos del hombre”³⁷. Es paradójico que Freud, que con su pensamiento cambió una época, fundara un movimiento que con el tiempo se burocratizó y ritualizó³⁸. Como señala Fromm, Freud trató de sintetizar las dos fuerzas que dividían el pensamiento occidental del siglo XIX: el romanticismo y el racionalismo. En realidad, el problema no es la elección entre romanticismo y racionalismo, sino el problema más profundo de desarrollar un concepto amplio del inconsciente (capaz de incluir todas las demás áreas de la vida) y la integración de este concepto con la conciencia. Debemos ver el inconsciente como algo presente en todos los hechos culturales, y luego dar el paso siguiente y sumamente difícil de integrar lo latente y lo manifiesto —los medios con el mensaje y el contexto con la información— con la finalidad de arribar al verdadero significado. Hasta ahora, el hombre occidental sólo ha sido capaz de enfrentarse con la parte del *contenido* de la ecuación, como descubrió “el Rey de Ruffle Bar” al entrar en la trampa tendida por los burócratas del orden. La parte del contexto de su conducta se les ha escapado por completo a los burócratas.

La paradoja es que, en sus esfuerzos por imponer el orden, el hombre occidental ha creado el caos, negando esa parte de sí mismo que integra, al mismo tiempo que idolatraba la parte que fragmenta la experiencia.

³⁶ Margaret Mead, *Culture and Commitment: A Study of the Generation Gap* (Garden City, N.Y., Natural History Press/Doubleday, 1970).

³⁷ Sigmund Freud's *Mission*, *op. cit.*

³⁸ *Ibid.*

CAPÍTULO XVI

¿PUEDE LA CIVILIZACION MODERNA EVITAR LA AUTODESTRUCCION?

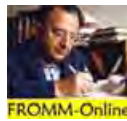
Jerome D. Frank

La historia está salpicada por las reliquias de sociedades desaparecidas, pero la destrucción de una sociedad por lo común ha sido compatible con la supervivencia de la mayor parte de los individuos que la componen. Puede decirse que una sociedad deja de existir cuando las instituciones y valores que la caracterizan sufren un cambio radical. De este modo, podría decirse que la República Romana murió cuando Octavio la convirtió en un imperio, y hoy parece probable que el sistema político norteamericano se destruye a sí mismo anulando su característica más significativa: el derecho a disentir. Aunque estas formas de muerte social pueden ser acompañadas por una considerable pérdida de vidas, en general quedan suficientes sobrevivientes como para constituir la sociedad que nace de las cenizas de la anterior. En este sentido, toda revolución exitosa puede considerarse como el suicidio de una sociedad, al que seguirá el nacimiento de una nueva. Ya mueran las sociedades por la edad, el suicidio o el asesinato, los sobrevivientes pronto forman un nuevo sistema social. Pocas veces las civilizaciones son destruidas para siempre, como ocurrió con Cartago.

En la actualidad, empero, toda civilización humana puede destruirse a sí misma sin que queden posibilidades de renacimiento por mucho tiempo, ya sea mediante el lento envenenamiento de la biosfera —el ambiente que sustenta la vida— o mediante una guerra nuclear.

El suicidio social mediante la destrucción del sistema ecológico sería análogo a esas formas de suicidio individual no deliberado que son el resultado de la complacencia excesiva para consigo mismo. En esto se asemeja al lento suicidio de algunos alcohólicos o grandes fumadores. La polución de la biosfera es el subproducto no deseado e incidental de los increíbles logros de la industrialización; por consiguiente, representa la amenaza más inmediata para los países muy industrializados, pero sin duda con el tiempo amenazará a las personas de todas partes.

Para dar sólo un ejemplo, una forma sutil de polución del aire que puede tener los efectos más inexorables es el incremento gradual del dióxido de carbono de la atmósfera resultante del uso de combustibles fósiles, por una parte, y de la progresiva destrucción de la vegetación para hacer lugar a las ciudades en expansión, por la otra. Además, si las naciones siguen echando cantidades cada vez mayores de desechos industriales y pesticidas a los mares, llegará el día en que envenenarán el



plancton, un importante transformador del dióxido de carbono atmosférico en oxígeno. En cualquier caso, la creciente concentración de dióxido de carbono atmosférico influye sobre el calor y la transferencia de energía entre la superficie de la Tierra y el espacio exterior, produciendo alteraciones en el clima con efectos que no pueden predecirse, como la posibilidad de que se derrita el hielo de los cascos polares.

Hay razones tanto perceptuales como motivacionales que explican nuestra incapacidad para aprehender la gravedad del peligro de un lento suicidio por envenenamiento de la atmósfera. Desde un punto de vista perceptual, la mayor parte de los peligros son muy poco notables; de hecho, no pueden ser detectados por los sentidos. Los isótopos radiactivos y los pesticidas en nuestros tejidos y el contenido lentamente creciente de dióxido de carbono en el aire no pueden verse, oírse, gustarse, olerse o sentirse, de modo que es fácil olvidarlos. Cuando los elementos que producen polución se hacen notar por nuestros sentidos en la forma de *smog* irritante para los ojos o aguas turbias, son experimentados como parte del fondo general que rodea nuestra vida antes que como una amenaza específica. En este mismo sentido, aunque los venenos ambientales crecen constantemente, los incrementos son muy pequeños si se los compara con el nivel de base, de modo que, de acuerdo con la bien conocida ley psicológica, no sobrepasan el umbral de la conciencia. Los seres humanos pueden encontrarse en una situación muy semejante a la de un sapo puesto en una cacerola de agua fría a la que se calienta lentamente. Si la elevación de la temperatura es lo bastante gradual, se hierve sin haber sabido nunca qué le sucedió.

Estos obstáculos perceptuales para la apreciación de los peligros creados por los avances tecnológicos se convierten en fuertes motivos para que nada se haga con el fin de enfrentarlos, sobre la base de que las recompensas proporcionadas por la tecnología son grandes, mientras las penalidades son remotas y contingentes. No se necesita ser un teórico conocedor para saber qué determinará la conducta. Para un fumador la gratificación inmediata que le proporciona un cigarrillo es mucho más importante que la probabilidad de que acorte su vida en 20 años. De modo semejante, en el nivel social, las perspectivas de lograr mayores ingresos mediante una nueva industria oscurecen las amenazas de largo plazo que podría crear para la salud.

Considerando las cosas de otro modo, el costo que representa para un individuo reducir su contribución a la polución atmosférica es desproporcionado respecto del beneficio, puesto que el último se distribuye entre toda la población. Los millones que gasta una compañía de servicios eléctricos para purificar la atmósfera mediante su planta energética proporciona beneficios tangibles a los accionistas, salvo limpiar ligeramente el aire que rodea a aquellos que viven en el vecindario de la planta. Lo inverso también es verdadero: los beneficios que obtiene un individuo agregando un pequeño incremento al envenenamiento del tema ecológico son obvios, mientras los costos que representa para él son infinitesimales. El placer y la comodidad que proporciona a una familia el segundo auto son mucho mayores que su costo en términos ecológicos. Un incremento infinitesimal de la amenaza a la salud del propietario

producido por la pizca que agrega a la polución del aire. De este modo, puede predecirse con certeza que, a pesar de las explosiones de retórica y entusiasmo, todo esfuerzo concreto por reducir los daños al sistema ecológico encontrará fuertes resistencias, encubiertas o manifiestas, en aquellos que deben apoyar el proyecto.

Los peligros creados por estas actividades suicidas no deliberadas son aún remotos y aumentan sólo gradualmente, de modo que todavía hay tiempo para enfrentarlos. De interés más inmediato es el peligro de auto-destrucción de la sociedad humana mediante actos intencionales, cuya intención no es suicida, sino asesina. En los conflictos grupales, el propósito es destruir al enemigo y sobrevivir; sin embargo, cuando la intensidad del conflicto sobrepasa un nivel determinado, el impulso de matar al enemigo se vuelve más fuerte que el de preservar la propia vida. Con las irónicas palabras de Bertrand Russell, los seres humanos están más ansiosos por matar a sus enemigos que por permanecer vivos¹. Cuando se llega a este estado de cosas, se echan al viento todas las restantes inhibiciones para el asesinato y los seres humanos recurren a las más poderosas máquinas destructivas que hallan a su alcance. Todo lo que hasta hoy la humanidad pudo salvar de la destrucción es el resultado de la ineficacia de incluso las armas más poderosas. Al crearse en los últimos años venenos biológicos y químicos absolutamente letales y, desde luego, armas nucleares, esta seguridad ha desaparecido.

En la actualidad es posible que pequeños grupos revolucionarios dentro de una sociedad causen enormes estragos. Por ejemplo, existen venenos tan poderosos que pequeñas cantidades introducidas en las aguas corrientes de una ciudad bastarían para matar a todos sus habitantes. Después de la Convención Demócrata de Chicago de 1968, los medios noticiosos informaron que dos *hippies* habían tratado de "encender Chicago" echando varias libras de LSD en el sistema de aguas corrientes. Si hubieran logrado su objetivo, los químicos podrían haber neutralizado los efectos añadiendo cloro al agua. No obstante, las naciones han almacenado grandes cantidades de otros venenos que es imposible detectar, que son eficaces en cantidades microscópicas, y para los cuales no es fácil hallar antídotos; por ejemplo la toxina del botulismo, de la cual un gran vaso lleno contendría dosis suficientes para matar a todos los habitantes de la Tierra.

El peligro nacional que representan las bombas nucleares es también muy grande. Se necesitan sólo catorce libras de plutonio enriquecido, con aproximadamente las dimensiones de una naranja, para crear una bomba tan poderosa como la empleada en Hiroshima. En gran medida como resultado del crecimiento de la energía nuclear, hay grandes cantidades de plutonio enriquecido, y cientos de ingenieros saben cómo hacer una bomba con dicho material. No se necesita mucha imaginación para pensar que un militante de un grupo extremista podría robar algo de plutonio y ocultar bombas en las principales ciudades; una en cada ciudad sería suficiente. Incluso una de esas bombas, oculta cerca del Capitolio y

¹ B. Russell. "Can Scientific Man Survive?", *The Saturday Review*, 40 (diciembre 21 de 1957), pág. 24.



preparada para estallar durante un mensaje al Estado de la Unión, simultáneamente mataría al presidente, su gabinete, el Congreso y la Suprema Corte, y destruiría la mayor parte de Washington, decapitando así al gobierno federal.

Respecto de los peligros externos, se sabe que Rusia y los Estados Unidos tienen armas nucleares suficientes como para destruirse una a otra muchas veces, y aún siguen acumulándolas y “perfeccionándolas”.

De esta manera, si los seres humanos quieren evitar la autodestrucción mediante el mutuo asesinato, deben aprender a poner límites al comportamiento violento en los conflictos grupales. Esta tarea, en último análisis, es de carácter político-militar. Es decir, su solución depende de la creación de instituciones nuevas para el manejo del conflicto nacional e internacional, pero los estudiosos de la naturaleza humana pueden contribuir a ello brindando su conocimiento —aun desdichadamente inadecuado— de los determinantes psicológicos de la violencia individual y grupal, como un primer paso para ponerla bajo control.

Como toda forma de comportamiento humano, la violencia tiene determinantes biológicos y ambientales, abarcando los últimos tanto factores psicológicos como físicos. La prueba relativa a los componentes biológicos se encuentra en el hecho de que cuando se estimulan determinados centros cerebrales, disminuye el umbral de la violencia, a medida que se acrecientan los niveles en que la hormona sexual masculina se encuentra en la sangre. Los datos son evidentes respecto de todos los mamíferos infrahumanos, y sumamente sugestivos en los humanos. No obstante, cabe destacar que ninguna de estas intervenciones orgánicas basta para producir el comportamiento violento; también deben estar presentes los instigadores ambientales adecuados.

También es sumamente probable que, dado que los grupos humanos han estado luchando entre sí desde tiempo inmemorial, los sobrevivientes de estas batallas interminables hayan sido seleccionados por sus inclinaciones para la lucha². Como consecuencia, es fácil instigar a los humanos al comportamiento violento mediante una amplia variedad de estímulos tan diferentes como ataques físicos, insultos, amenazas y el sentimiento de haber sido ofendidos.

Si ésta fuera toda la verdad, el control de la violencia humana sería una empresa desesperada. Afortunadamente, empero, las sanciones sociales y los códigos grupales son determinantes del comportamiento humano más importante que los impulsos biológicos o psicológicos. Durante la Segunda Guerra Mundial centenares de millares de ciudadanos de Leningrado murieron de hambre en medio de la opulencia; puesto que la abundante oferta de alimento disponible tenía forma humana, casi para todos los habitantes el tabú contra el canibalismo fue más fuerte que el instinto de supervivencia³. Gandhi en la India y Luther King en los Estados Unidos pudieron crear normas grupales que negaban a sus segui-

² K. Lorenz, *On Agression* (Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1966).

³ H. Salisbury, *Nine Hundred Days: The Siege of Leningrad* (Nueva York, Harper and Row, 1967).

dores el recurso a la violencia frente a instigaciones extremas, incluso con peligro directo para sus vidas⁴.

Por más paradójico que parezca, el atributo humano que representa la mayor amenaza para la supervivencia probablemente no sea la agresión, sino el altruismo (o, como lo llama Arthur Koestler, la trascendencia)⁵, es decir, la notable disposición de los seres humanos a morir y matar por algo mayor que ellos mismos. En el nivel más simple, esta entidad mayor es el grupo del cual se forma parte. Para los humanos, como para los animales sociales, el grupo, no el individuo, es la unidad de supervivencia, y cuando ella está amenazada los miembros sacrifican sus vidas para defenderla. En este sentido los seres humanos se asemejan a los mandriles y no difieren mucho de las hormigas. Pero el grupo humano gana la adhesión de sus miembros no sólo por ser la unidad biológica de supervivencia, sino por incorporar y preservar determinados ideales, valores y símbolos que dan significado a las vidas de los miembros del grupo, y eso es característicamente humano. Cuando los kamikazes se suicidaban por su emperador, tenían en sus mentes algo más que el pequeño hombre que estaba sentado en el trono del Japón; y cuando los hombres ofrecen sus vidas por la Bandera o por la Cruz, lo hacen por los conceptos que estos trozos de género o madera representan.

Aunque en una guerra los participantes de cada bando están preparados a morir como último recurso, su principal tarea, desde luego, es destruir al enemigo. Los enemigos representan amenazas reales y es preciso luchar contra ellos, pero la pregunta fundamental es: ¿qué hay en los enemigos que remueve todas las inhibiciones para matarse entre sí? Al igual que en el caso de la trascendencia, esta desinhibición resulta posible sobre todo por la capacidad humana de simbolizar.

Konrad Lorenz ha presentado una persuasiva argumentación en el sentido de que, con la posible excepción de las ratas, los seres humanos son las únicas criaturas poderosamente equipadas para atacar que no tienen inhibiciones para matar a miembros de su propia especie⁶. No obstante, es probable que los humanos tengan esas inhibiciones pero las eludan utilizando sus capacidades conceptuales para definir a los enemigos como no humanos en un sentido fundamental. El enemigo nunca está compuesto por los padres, hermanos e hijos del individuo, sino que es una entidad simbólica que forma parte de lo no humano y es absolutamente maligno. De este modo, en inglés la palabra “*enemy*” (enemigo) es precedida característicamente por el artículo “*the*” (el) —no por “*our*” (nuestro)— como si así se significara que sus cualidades malignas lo convierten en una amenaza para toda la humanidad⁷. Puesto que cada sociedad cree que su propia concepción del mundo o ideología es la única verdadera, las personas que sostienen una concepción conflictiva son vis-

⁴ J. D. Frank, *Sanity and Survival: Psychological Aspects of War and Peace* (Nueva York, Random House, 1967), cap. 12, págs. 257-286.

⁵ A. Koestler, *The Ghost in the Machine* (Nueva York, Macmillan Co., 1967), cap. 15, págs. 225-266.

⁶ Lorenz, *op. cit.*

⁷ J. G. Gray, *The Warriors* (Nueva York, Harper and Row, 1969).



tas como irracionales o malvadas, y en todo caso como no tan humanas como nosotros.

El componente ideológico es a la vez un instigador importante de guerras y una causa de su destructividad. Los grupos se perciben como enemigos cuando encuentran que luchan por alcanzar metas que sólo pueden obtener unos a expensas de otros. Estas a menudo son materiales; en el ámbito doméstico, una mayor participación en los bienes de la sociedad; en asuntos internacionales, los recursos, el territorio o la fuerza de trabajo de otra nación; no obstante, siempre tienen un recubrimiento ideológico. Para justificar el recurrir a la guerra siempre se invocan ideales abstractos. El gobierno norteamericano justifica su intervención en Vietnam en nombre de la preservación de la libertad; los norvietnamitas pretenden luchar contra el imperialismo. Las formulaciones ideológicas pueden servir para disfrazar otros propósitos menos aceptables —por ejemplo, el simple anhelo de poder— que podrían disminuir la capacidad de lucha de aquellos a quienes se pide que arriesguen sus vidas en la batalla. La transparente hipocresía de los fines ideológicos proclamados por los Estados Unidos en Indochina sin duda ha intensificado la resistencia de los jóvenes a esta guerra.

Las luchas por posesiones o territorios tienen un punto final natural, pero las luchas por la libertad, la justicia, la democracia, el comunismo y cosas semejantes no tienen ese fin natural. El único modo de estar seguros de que una idea ha muerto es matar hasta la última persona que la sostiene.

Además, a menudo las ideologías son fuentes de seguridad psicológica más importantes que las posesiones, de modo que un desafío a las mismas constituye una amenaza mayor. Por su capacidad para formular conceptos, los humanos se ven obligados a reconocer la insignificancia de sus vidas individuales, que parecieran no ser más que breves y pequeños destellos de experiencia en un universo que no les daría mucha importancia. Esto resulta intolerable para muchas personas, y para compensarlo crean ideologías que dan significado a la existencia. Para ellas, la pérdida de su ideología, como podría suceder después de ser derrotadas por un grupo con una concepción del mundo incompatible, puede ser peor que la muerte biológica, de modo que prefieren morir.

La perspectiva de que el hombre se destruya ya sea por una descuidada complacencia consigo mismo o mediante el suicidio mutuo disfrazado de asesinato mutuo es sombría, y sin duda resulta difícil encontrar muchas razones para alegrarse. No obstante, algo de confortación se encuentra en el viejo adagio que dice que mientras hay vida hay esperanza; además, respecto de la situación internacional, algunos estímulos son levemente estimulantes. Y ello por una razón: las armas nucleares estratégicas, aunque no han evitado las guerras, parecen haber contribuido a la creciente ineficacia de la violencia como medio de resolver disputas políticas. El peligro de que cualquier guerra local llegue a convertirse en un enfrentamiento mundial puede en parte explicar el hecho de que, desde la Segunda Guerra Mundial, no se haya librado ninguna guerra hasta llegar a una victoria o derrota definitivas. Esas armas también han impuesto un nuevo concepto en las potencias nucleares: la disuasión me-

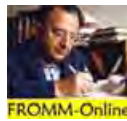
dante armas cuyo *único* propósito es evitar la guerra. En el pasado, las armas disuasivas se empleaban para hacer la guerra cuando fracasaba la amenaza implícita en su posible uso. Las armas nucleares estratégicas pueden usarse sólo para amenazar; no puede empleárselas sin que destruyan a quien las usa. La política de la recíproca disuasión nuclear es sumamente costosa y ha creado una amenaza mutua sumamente inestable, lo que hace abrigar la esperanza de que representen una carga tan grande y manifiestamente absurda que con el tiempo conduzcan hacia el desarme.

Los comienzos de la declinación del estado soberano y el surgimiento del gobierno mundial, del que en último término dependerá la preservación de la paz, son también discernibles, aun cuando en muchos sentidos el poder de determinadas naciones nunca pareció más absoluto. Por una parte, incluso las naciones más grandes y más ricas son cada vez más incapaces de cumplir una de sus principales funciones: proteger a sus ciudadanos. Por la otra, las funciones que cumple la Organización de las Naciones Unidas resultan cada vez más valiosas, en especial para las naciones más pequeñas y subdesarrolladas. El núcleo de su poder estriba no en sus armas políticas —la Asamblea y el Consejo de Seguridad— sino en la Organización Mundial de la Salud, el Consejo Económico y Social, la Organización Internacional del Trabajo y el Fondo Monetario Internacional. La adhesión de los ciudadanos a sus gobiernos depende de la capacidad que le atribuyen no sólo para proporcionar seguridad sino también para acrecentar el bienestar general. La ONU comienza a cumplir esta última función para muchas personas de todo el mundo. La creación de instituciones internacionales efectivas para conservar la paz es una tarea que se halla fuera del alcance de la psicología, pero la operatividad de estas instituciones depende de que se produzcan cambios en las actitudes de los individuos que integran poblaciones nacionales, y aquí es posible que los estudiosos del comportamiento humano brinden su aporte. Quizás una de sus principales contribuciones sea comprender cómo los mismos avances tecnológicos que crearon nuevos peligros para la supervivencia, también han creado medios capaces de movilizar fuerzas psicológicas para combatirlos.

En primer lugar, la tecnología ha proporcionado nuevas alternativas de medios constructivos para satisfacer las necesidades individuales que antes se satisfacían mediante la violencia, en especial la necesidad de los jóvenes de afirmar su virilidad probándose contra la adversidad, ya fuesen los adversarios naturales o humanos. En el pasado, el guerrero era la representación del hombre viril y valeroso, y aún lo es; sin embargo, algunos hombres han logrado el mismo sentimiento de identidad arriesgando sus vidas en montañas y planeadores, y en la actualidad algunas de las travesuras de grupos de estudiantes violentos parecen motivadas, por lo menos en parte, por la misma necesidad.

El advenimiento de la Era Espacial ha abierto nuevas posibilidades para la satisfacción de estas necesidades. Los viajes espaciales dan abundantes oportunidades para el heroísmo y el sacrificio, y los astronautas son los nuevos héroes.

El espacio también suministra un nuevo escenario para la competen-



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

cia internacional constructiva, constructiva porque, sean cuáles fueren sus consecuencias militares, la conquista del espacio es vivida como un proyecto de toda la humanidad y las personas de todas partes comparten sus victorias y derrotas. Rusos y norteamericanos se felicitan sinceramente cuando obtienen nuevos triunfos espaciales y comparten el pesar cuando suceden tragedias a los astronautas de cualquiera de esas naciones. Prácticamente todo el mundo siguió con ansiedad el peligroso viaje de la Apolo XIII.

Sin duda, sólo pocos pueden hacer viajes espaciales, pero gracias a la capacidad humana para la identificación, millones de jóvenes obtienen satisfacción identificándose con los astronautas, así como lo hacen con los astros deportivos. Evidentemente, el espacio exterior, el fondo de los océanos y otros ámbitos nuevos de competencia y aventura aún por descubrirse, aunque suministran sólo una pequeña parte de los sustitutos necesarios para la violencia, encierran en potencia una significación considerable.

Las tecnologías modernas también permiten una rápida mejora de aquellas condiciones de vida que instigan a la violencia, las que, de acuerdo con nuestros propósitos, pueden sintetizarse en la palabra "frustración". Esto requiere, antes que nada, un estricto control de la tasa de crecimiento de la población mundial, puesto que es imposible satisfacer las expectativas de una vida mejor si nuevas bocas crecen en una proporción mayor que las posibilidades de satisfacción. Uno de los nuevos avances tecnológicos que encierran más esperanzas, por lo tanto, es la invención de medios baratos y confiables de control de la natalidad, la que por primera vez resulta tecnológicamente factible, a la vez que se desarrollan métodos aun más efectivos.

Por último, la tecnología ha creado nuevos y poderosos métodos de cultivar el sentimiento de comunidad mundial: el reconocimiento por parte de todos los habitantes del mundo, para usar una expresión de Adlai Stevenson, de que son viajeros de la misma y atestada nave espacial, un reconocimiento que hoy sólo han logrado unos pocos seres humanos. Un sueño que los filósofos y adivinos situaban en el milenario, pero que nunca fue más que un sueño, la Fraternidad del Hombre, de pronto se ha puesto al alcance de los seres humanos.

Ya he señalado que los humanos, como otros depredadores, tienen inhibiciones para matar a miembros de su propia especie, a los que definen como integrantes de su propio grupo. Sin esas inhibiciones, la vida social sería imposible. Ellas hallan expresión y decidido apoyo en las leyes y las instituciones destinadas a ponerlas en vigor, pero operan sólo en la medida en que quienes se encuentran bajo su dominio se perciben como miembros de la misma comunidad. Si ello no ocurre, ya no se sienten obligados por las leyes. Hoy en día, presenciarnos este fenómeno en los Estados Unidos, en especial entre los negros pobres, por una parte, y los jóvenes adinerados y cultos, por la otra, todos los que, por razones diferentes, se sienten enajenados de la estructura de poder y no tienen confianza en sus instituciones.

Así como la tranquilidad interior de los Estados Unidos depende de la restauración del sentido de comunidad en todos los norteamericanos,

así la paz mundial requiere la creación de un sentimiento de comunidad en todos los pueblos del mundo, un sentimiento que trascienda las adhesiones de carácter nacional.

Para alcanzar esta meta, en el nivel individual nada es tan efectivo como el contacto personal, y el actual transporte barato y masivo ha hecho posible reuniones personales de gente de diferentes países en una medida nunca soñada antes. Desde luego, los encuentros personales también pueden exacerbar la incompreensión, pero mucho se ha aprendido respecto de cómo aumentar las probabilidades de que sirvan para promover la buena voluntad recíproca. Como ejemplo de lo que ahora es posible hacer, si Rusia y los Estados Unidos se pusieran de acuerdo podría ponerse en práctica un plan para intercambiar decenas de millares de estudiantes secundarios de ambos países con el fin de que asistiesen a escuelas de la otra nación durante un año⁸. Los jóvenes son especialmente adecuados para promover la mutua comprensión, pues están en una edad impresionable en la que forman amistades fácilmente, y son demasiado jóvenes e inexperimentados para ser buenos espías, de modo que tienen menos posibilidades que los adultos de despertar sospechas entre sus anfitriones.

Pero la más poderosa entre las nuevas posibilidades de mejorar las actitudes internacionales se encuentra en los medios electrónicos de comunicación masiva, en especial la radio de transistores y la televisión. Estas saltan por encima de las barreras de la cultura y el alfabetismo y tienen una gravitación emocional que excede con mucho la de la palabra escrita. Como medio de impulsar la lucha contra la polución y de fomentar un sentimiento de la comunidad mundial, las fotos de la Tierra tomadas desde la Apolo XII tienen el mismo valor que millares de artículos y discursos.

Algunos ejemplos sirven para ilustrar la capacidad de la televisión para influir sobre la conducta. Un artículo aparecido en un periódico con 15 millones de lectores dio lugar a 75 cartas con comentario; las mismas observaciones hechas en un programa polémico de televisión dieron lugar a un millar de cartas en el curso de una semana. Una transmisión sobre la guerra química y biológica abrió el camino para la renuncia presidencial al uso de armas biológicas y a un compromiso de ser los primeros en emplear las químicas⁹. Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

La televisión, adecuadamente empleada, puede derribar estereotipos, devolver la individualidad a miembros de grupos carenciados e imponerse a la atención y la conciencia de los grupos dominantes. Las series de televisión sobre el hambre en los Estados Unidos dieron un poderoso impulso a la promulgación de leyes sobre alimentación estancadas en el Congreso.

Al llevar las realidades de la guerra en Indochina al hogar familiar,

⁸ S. D. James, "Exchange Plan Gains in Acceptance", *War/Peace Report* (octubre de 1964), pág. 15.

⁹ N. Johnson, "Big Brother Is Watching You", *The Key Reporter*, 26 (primavera de 1970).



la televisión ha vuelto difícil para los norteamericanos sostener el estereotipo de que el enemigo es inhumano, y sin duda contribuyó a la creciente rebelión contra esta guerra, reflejada en la precipitada caída en la venta de juguetes bélicos y en la creciente presión ejercida sobre el gobierno para la vuelta al país de los soldados norteamericanos. En síntesis, al individualizar a los miembros de otros grupos y presentar sus aspiraciones y sufrimientos de un modo tan vívido como los propios, la televisión puede movilizar la preocupación, la compasión y otros sentimientos de solidaridad humana con una amplitud y en una medida nunca alcanzadas hasta el presente.

Por supuesto, la comunicación electrónica masiva es sólo un medio. Puede ser empleada tanto para acrecentar como para reducir las enemistades grupales y es incapaz de resolver los conflictos de intereses subyacentes a ellas, aunque todavía no comenzó a aprovecharse su capacidad para fomentar actitudes internacionales que aumenten las posibilidades de hallar soluciones pacíficas para aquellos conflictos.

Por último, la ciencia y la tecnología modernas han cerrado oportunidades para actividades de nivel grupal que, al mejorar las actitudes recíprocas de los distintos grupos, inevitablemente producirán cambios similares en los individuos que los componen.

Los psicólogos sociales han demostrado que el antídoto más eficaz para la enemistad entre grupos es la cooperación para alcanzar una meta que ambos anhelan pero que ninguno puede alcanzar por sí solo.¹⁰ A primera vista, la supervivencia pareciera ser una de esas metas, puesto que todas las personas la desean y su logro requiere la cooperación internacional. En esas circunstancias, empero, la supervivencia ocupa un lugar secundario en comparación con el impulso a destruir el enemigo. Además, las medidas de largo plazo necesarias para la supervivencia nacional, como el desarme general, parecen aumentar los riesgos de destrucción a corto plazo, haciendo así que la tendencia a la supervivencia actúe en ambos sentidos.

Sin embargo, la ciencia moderna ha creado muchas oportunidades de desarrollar actividades cooperativas entre naciones para alcanzar metas que todas ellas quieren, pero ninguna puede alcanzar sola. Conocemos por experiencia una de esas actividades, el Año Geofísico Internacional, que fomenta actitudes y hábitos de cooperación que se incorporan gradualmente a las instituciones. Los científicos han elaborado docenas de proyectos de ese tipo, los que podrán ponerse en funcionamiento cuando los líderes del mundo lo deseen.

Respecto de la otra amenaza importante para la supervivencia humana, la destrucción del entorno, el combate contra la contaminación proporciona una meta ideal para la cooperación internacional. La amenaza es mundial, y puesto que los problemas no pueden resolverse en una escala más pequeña que aquella en que surgen, la contaminación puede superarse sólo mediante acciones cooperativas internacionales. Por ejemplo, carece de importancia dónde se filtra el DDT hacia el océano

¹⁰ M. Sherif y C. W. Sherif, *In Common Predicament: Social Psychology of Intergroup Conflict and Cooperation* (Boston, Houghton Mifflin Co., 1966).

puesto que lo absorben las criaturas oceánicas de todas partes, y la radioactividad arrojada a la atmósfera desde cualquier fuente termina por circundar la Tierra. Además, la lucha cooperativa contra la contaminación, a diferencia de, por ejemplo, un esfuerzo internacional para detener la carrera armamentista, no ofrece peligros. Aunque determinados resultados de las negociaciones podrían ser más ventajosos para algunos grupos que para otros, los perdedores no estarían en peligro y se encontrarían mejor que si no se hubiera llegado a acuerdo alguno. Los persistentes rumores en el sentido de que "representantes soviéticos y occidentales han sostenido conversaciones secretas para el establecimiento de un 'grupo de cerebros' en gran escala y de carácter internacional para estudiar los problemas comunes a las sociedades industriales"¹¹ indican que esta forma de cooperación, que encierra muchas esperanzas, puede no ser muy remota.

En pocas palabras, por primera vez disponemos de medios para crear un sentimiento de comunidad entre pueblos de diferentes naciones, y es necesario que lo logremos para que la humanidad sobreviva a su propio ingenio destructivo.

Para concluir, desde un punto de vista filosófico, por primera vez los humanos tienen en sus manos poder sobre la vida y la muerte. Por supuesto, no podemos evitar la muerte, pero estamos aprendiendo a posponerla. . . , en qué medida lo lograremos, nadie lo sabe. Es imaginable que, si logramos combatir no sólo las enfermedades sino también el envejecimiento, el periodo promedio de vida llegue a los 150 años. Aunque no sabemos con certeza cuánto podremos prolongar la vida, es perfectamente claro que podremos acortarla de modo drástico. La posibilidad de impedir un accidente cósmico, en el que la especie humana resulte destruida en un futuro previsible, estará en manos del hombre, no en la de las fuerzas naturales que se encuentran fuera de su control. Esto puede explicar en parte la depresión y desesperanza expresadas por tantos poetas y dramaturgos contemporáneos, quienes se refieren una y otra vez a los temas conexos de que la vida es absurda y carece de significación, de que es una especie de chiste malo, y de que el hombre sólo es capaz de hacer más desgraciada la vida de él mismo y de sus semejantes. ¿Es posible que esos puntos de vista se originen en parte en un sentimiento de terror ante nuestra incapacidad para estar a la altura de las enormes responsabilidades de nuestro nuevo poder? En cualquier caso, este poder, aunque aterrador, puede darnos muchas esperanzas. Hemos logrado dominar una gran cantidad de peligros naturales cuyos orígenes eran en un principio oscuros. Los peligros que enfrentamos hoy son creados por el hombre, y muchas de sus causas son bien conocidas. Las soluciones, desdichadamente, sólo comienzan a aparecer, pero por lo menos sabemos que por primera vez tenemos la posibilidad de realizarlas. Los seres humanos, si hacen todos los esfuerzos posibles en los sentidos que he mencionado (y en muchos otros que no puedo imaginar), aún tienen la posibilidad de evitar una carrera suicida y salir adelante, gozando de nuevas y excitantes aventuras y posibilidades de realización.

¹¹ D. S. Greenberg, "Soviets, West Discuss 'Think Tank'", *Science*, 166 (diciembre 12 de 1969), pág. 1382.